

Si se hubiera dicho a los soldados soviéticos y a los soldados franceses que, en 1945, desmontaban concienzudamente los equipos industriales de centenares de empresas de Pomerania, de Sajonia y de Baden, si se les hubiera dicho que estaban haciendo un gran servicio a Alemania, habrían soltado la carcajada.

Más de una cuarta parte del potencial industrial alemán —20 por ciento en las zonas occidentales; entre 35 y 40 por ciento en la zona soviética, donde la lucha había sido más encarnizada— acababa de ser destruido por los bombardeos y los combates. Lo que entonces se desmontaba y enviaba hacia los países vencedores sólo podía debilitar todavía más al país vencido. Y, sin embargo...

Estas detracciones tuvieron como efecto provocar el desánimo definitivo de los alemanes de intentar «remendar» su vieja industria: les convencieron de la necesidad de construir una nueva. Hay en las más apartadas de las provincias francesas hilaturas e imprentas que utilizan todavía máquinas «recupe-

Al producirse el distanciamiento entre las dos zonas, que no cesaba de acentuarse, provocó continuas oleadas emigratorias. La coacción policíaca, sumada a la mediocridad de los salarios, hicieron que cerca de dos millones y medio de obreros, de técnicos, campesinos y, por supuesto, de burgueses pasaran del Este al Oeste. A principios de los años 60, la «República Democrática» se hallaba al borde de la catástrofe. Fue entonces cuando Ulbricht tomó la decisión de construir el «muro» y encerrar a los 17 millones de ciudadanos que le quedaban con un vasto campo cerrado de 108.000 metros cuadrados.

Decisión monstruosa, pero salvadora. A partir de ese día, la República Democrática Alemana se puso a vivir a su propio ritmo. Todo lo que, hasta entonces, había frenado su impulso, molestado su crecimiento, gravoso para su desarrollo, todo se volvió a su favor.

La extensión de las destrucciones de la guerra y la importancia de las detracciones soviéticas le obligaban a edificar una industria completamente moderna. La hemo-

portación de productos manufacturados hacia la U. R. S. S.

El «metro» de Dresde

Algunas cifras y algunos hechos merecen ser puestos de relieve. Con sólo 17 millones de habitantes, la R. D. A. se ha convertido, en la actualidad, en la octava potencia industrial del mundo. Su renta nacional aumenta muy regularmente de 5 a 6 por ciento anual, y produjo el año pasado, en diez meses, tanto como la Alemania nazi (70 millones de habitantes) durante el año 1936. Su balanza comercial es favorable: el 45 por ciento de sus importaciones son de materias primas, y el 26 por ciento, de bienes de consumo alimenticio; el 55 por ciento de sus exportaciones lo constituyen la maquinaria y equipos industriales, y el 16 por ciento se refiere a los bienes de consumo industrial.

En el transcurso de los últimos dieciocho meses se elaboraron 87 proyectos de automatización en las distintas empresas y «kombinats» de la República. Entre esos

formar bastantes obreros cualificados y técnicos para hacer funcionar las fábricas, y bastantes «managers» para dirigirlos. Son estos «managers» los que, en gran medida, posibilitaron el «milagro» este-alemán.

Porque el régimen de Ulbricht ha seguido siendo, en el plano político, un régimen estaliniano, porque rechaza la liberalización, se tiende a olvidar las reformas que ha llevado a cabo en el terreno económico. Sin embargo, es verdaderamente el primero de todos los regímenes comunistas que ha puesto en tela de juicio el sistema de planificación y de gestión establecido en la Unión Soviética.

Cuando se habla ante políticos este-alemanes de Ota Sik, el principal de los reformadores checoslovacos, actualmente en el exilio, este nombre provoca reacciones completamente negativas: se trata, dicen, de un revisionista que hizo causa común con las fuerzas «anti-socialistas». La opinión de los economistas es muy diferente. Conocen y aprecian a Ota Sik. Sus obras fueron traducidas al alemán,

EL «MILAGRO» ESTE-ALEMÁN

Por GILLES MARTINET



radas» en 1945. Pero las fábricas de donde fueron tomadas, que fueron reconstruidas, utilizan maquinaria nueva. Lo que ocurrió con Francia no tiene ni punto de comparación con lo que pasó con la Unión Soviética.

Un campo cerrado

Jamás los occidentales se habrían atrevido a «trasladar» dos mil empresas e imponer, al mismo tiempo, diez mil millones en reparaciones en especies y otros diez mil millones en gastos de ocupación. Si los soviéticos lo hicieron fue, evidentemente, porque su país había sido devastado por la guerra porque, además, tuvo que soportar sufrimientos inauditos. Pero los resultados de esta política no ofrecen dudas. La miseria asoló de una manera mucho más dura al Este que al Oeste; el restablecimiento económico se operó más lenta y difícilmente. Tanto más difícilmente por cuanto que Alemania del Este estaba ya antes bastante menos provista en materias primas y en instalaciones industriales que la del Oeste.

rragia humana provocada por la emigración le obligaba a economizar su mano de obra y a utilizar al máximo las técnicas de automatización. La penuria de materias primas y lo exiguo del mercado interior le empujaban a desarrollar incansablemente su comercio exterior.

En tanto que Checoslovaquia no conseguía modernizar y transformar una industria salvada milagrosamente de la guerra, la R. D. A. se situaba en el terreno de la máquina-herramienta, como en el de la química, en cabeza del progreso tecnológico mundial. Mientras que Polonia, abrumada por un fuerte crecimiento demográfico y un importante éxodo rural, realizaba un pleno empleo ficticio manteniendo plétóricas de personal a la mayoría de sus empresas, Alemania del Este comenzaba a importar mano de obra... polaca y húngara. En el mismo momento en que, para asegurar la fase primitiva de su industrialización, Rumania se cerraba progresivamente al comercio soviético, la R. D. A. establecía con la Unión Soviética relaciones económicas de tipo «colonial»: importación de materias primas rusas, ex-

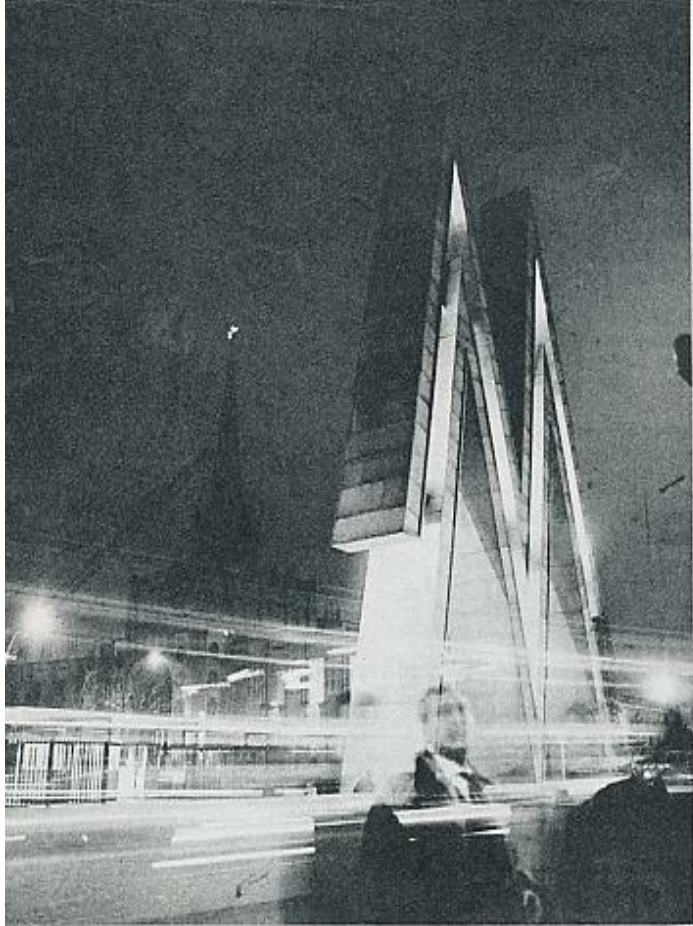
proyectos hay que citar el complejo químico Leuna II, que debe, con sólo 2.000 trabajadores, superar pronto la producción del complejo Leuna I, que emplea actualmente más de 30.000 obreros y técnicos. Finalmente, el «metro» de Dresde va a ser construido por mano de obra casi enteramente húngara.

Tales son los datos de este segundo «milagro alemán» (el primero se produjo, hace poco más de diez años, en la República Federal). Y es muy cierto que se trata de un fenómeno alemán. Ninguno de los factores que primero abrumaron y después sirvió a este país no habría podido ser utilizado de esta forma por un pueblo que hubiera tenido inferior nivel técnico y menos sólidas tradiciones industriales. Lo que ha salvado a Alemania es su extraordinario capital humano (y también, indudablemente, la necesidad de borrar la derrota, afirmándose sobre el único terreno que le era posible: sobre el terreno económico).

A pesar de la terrible pérdida que ha representado la emigración hasta 1961 —fecha de la construcción del «muro»—, Ulbricht pudo

estudiadas y comentadas. Se lamentan solamente de que, a partir de 1968, Ota Sik haya desarrollado ideas no demasiado ortodoxas. Pero, sonriendo, añaden en seguida: «Nos es tanto más difícil condenar las tesis de Ota Sik por cuanto que él tomó como suyas la mayoría de nuestras ideas». Quizá no sea completamente cierto, pero es verdad que la reforma germano-oriental se produjo en 1963 y que la reforma checa data de 1965.

La economía de la R. D. A. fue descentralizada a partir de 1963. Parte de los poderes ejercidos hasta entonces por los distintos ministerios industriales fueron transferidos no a las empresas, sino a las cerca de 80 uniones de empresas, las V. V. B. (Vereinigungen Volkseigenen Betriebe), a pesar de que el desarrollo del comercio exterior estaba confiado a 30 centrales o sociedades comerciales. Las V. V. B., que aseguraron desde el principio una especie de descentralización administrativa, han ido jugando, poco a poco, un papel económico autónomo. Sus directores controlan las inversiones de las empresas que dependen de la unión. Pueden



Leipzig es una de las ciudades de la República Democrática que más ha cambiado de aspecto. Los aparcamientos del centro de la ciudad están llenos de modernos automóviles. Frente a los edificios históricos destacan las torres iluminadas de los puentes construidos en los últimos años...

firmar contratos con sus proveedores, pedir préstamos a los bancos (el interés exigido suele ser de un 3,5 por ciento, pero puede llegar, en casos determinados, a un 12 por ciento) e intervenir en la formación de los precios (excepto cuando se trata de objetos de consumo vendidos directamente al público). Las uniones más importantes tienden a crear sus propias sociedades para el comercio exterior.

El sistema sigue siendo muy flexible. Cuando la constitución de una V. V. B. resulta artificial, no se duda en suprimirla: un 25 por ciento de estas uniones han desaparecido de esta guisa en el curso de los cinco últimos años. En su lugar se crean grandes empresas que tienen poderes análogos. Así, las célebres fábricas Zeiss de Jena gozan de una gran autonomía de acción y tratan directamente con sus clientes extranjeros.

La importancia del comercio exterior permite a todos estos «kombinats» y uniones medir su grado de competitividad. Es, claro está, el comercio con Alemania Occidental (en pleno desarrollo) lo que constituye para ellos un auténtico «test».

La existencia de un sector privado y de un sector mixto (representan juntos varios miles de empresas y más del 15 por ciento de la producción), obligan al sector socialista, dominante en la economía del país, a tener en cuenta cierto margen de competencia. Finalmente, el beneficio (del que la industria conserva sólo una mínima parte) se ha convertido en el criterio principal que permite juzgar la buena marcha de una unidad de producción.

Los ordenadores

Al inaugurar, en 1963, el «nuevo curso» económico, Walter Ulbricht estimó que su éxito dependía, en primer lugar, del valor de los cuadros encargados de su realización. Por ello atribuyó una prioridad absoluta a la educación de esos cuadros, que han sido repartidos en tres categorías. La categoría superior —la de los viceministros, directores de V. V. B., de «kombinats», de grandes bancos y sociedades de comercio, es decir, los doscientos hombres que dirigen de hecho toda la industria de la Alemania Orien-

tal— está formada por el Instituto central para la dirección económica. Cada uno de estos P.-D.-G. comunistas ha de seguir, cada tres años, un cursillo de actualización de conocimientos de seis semanas de duración. En los cursillos estudian todos los modernos métodos de dirección, incluidos, claro está, los practicados en los países capitalistas. La censura, que sigue siendo despiadada en el dominio de la sociología, la historia y la literatura, parece mostrarse discreta cuando se trata de traducir y difundir obras económicas extranjeras.

Parece como si los dirigentes de la R. D. A. hubiesen comprendido que para seguir en el poder tienen que tratar de dominar una evolución que, en todos los países comunistas industrializados, concede una importancia cada vez mayor a la tecnocracia. En lugar de oponerse a esta tecnocracia, como hizo en Checoslovaquia, entre el 65 y el 68, la burocracia de Novotny (lo que permitió el desarrollo de una corriente democrática, aliada de los tecnócratas), intentan integrarla en su sistema, ofreciéndole ventajas materiales (especialmente bajo forma de primas) y concediéndole ciertos poderes, pero obligándola, al mismo tiempo, a respetar la predominancia del Partido y las directrices de la planificación. Walter Ulbricht atribuye gran importancia a los modelos econométricos y a la informática. Piensa que, gracias a los ordenadores, la planificación central, que ayer mismo era aproximativa, por no decir primitiva, puede llegar a ser mucho más científica y eficaz. Se trata, para él, de un punto esencial, ya que, si la autonomía de gestión de los V. V. B. no estuviese compensada por la conservación de la planificación central, la propiedad de Estado perdería, poco a poco, su razón de ser (a beneficio de otra forma de propiedad colectiva), y con ella desaparecería el poder de la burocracia del Partido.

Pero, ¿y las masas? Oficialmente, están en el poder. Las fábricas son sus fábricas. El Estado es su Estado. El Partido y sus aliados del Frente nacional no hacen más que expresar sus aspiraciones. Así, cuando son llamadas a votación, otorgan más del 99 por ciento de sus votos a los candidatos del Partido y del Frente nacional. Es una lástima que el gobierno se vea obligado, al mismo tiempo, a elevar muros, a construir barreras electrificadas para impedir que los ciudadanos de la República Democrática Alemana se escapen al Oeste. Walter Ulbricht es un hombre paciente. Sabe que está menos solo que antes. Los intereses de varios cientos de miles de hombres y mujeres (activistas, cuadros del Partido, funcionarios, oficiales, policías) están ahora más que nunca ligados al régimen. Está conquistada una fracción —aunque minoritaria, no despreciable— de la juventud. El gran problema es dar a los ciudadanos un nivel de vida comparable al que gozan los alemanes del Oeste. El día que eso se consiga, piensan los dirigentes de la R. D. A., la partida estará ganada definitivamente.

Una opción

Pero ese día queda todavía bastante lejos. Puede calcularse que los ingresos medios de los trabajadores de la R. D. A. son inferiores en un 25 por ciento a los de los trabajadores de la República Federal. Esta situación se explica por cuatro razones esenciales:

1. El «handicap» inicial: el territorio de la R. D. A. estaba menos desarrollado que el de la República Federal; quedó más destruido durante la guerra y no gozó, naturalmente, de la ayuda americana.

2. La carga enorme que representan las personas no activas: han sido hombres de veinticinco a cuarenta años los que han emigrado al Oeste. La R. D. A. cuenta con un jubilado por cada tres personas activas.

3. La imposibilidad que tienen los trabajadores de llevar a cabo luchas reivindicativas. La rivalidad de las dos Alemanias obliga, no obstante, al gobierno de la R. D. A. a tener en cuenta el aumento de salarios obtenido por los obreros del Oeste gracias a sus luchas sindicales.

4. Finalmente, la naturaleza de los intercambios entre países socialistas. La Unión Soviética no sigue practicando aquella política de precios «desiguales» que impuso en la inmediata posguerra y que continuó hasta la revolución húngara (1956). Pero hay todavía notables diferencias entre lo que ofrece a sus socios y los precios del mercado mundial. En este sentido, la fórmula de relaciones de tipo «colonial» que he utilizado más arriba no corresponde exactamente a la realidad. Es por eso por lo que los economistas de la República Democrática Alemana conceden cada vez mayor importancia a los intercambios con Alemania Federal, que podrían compensar, en cierta medida, los efectos del predominio del comercio con la Unión Soviética (el 50 por ciento del volumen de intercambios).

Los dirigentes de la R. D. A. aceptan esta situación porque no pueden hacer otra cosa (sin el ejército soviético, la R. D. A. no existiría), pero también porque el desarrollo de las relaciones con la Unión Soviética corresponde a un objetivo a largo plazo. Convirtiéndose en proveedor titulado de la Unión Soviética de toda una serie de productos de alta calidad, la República Democrática Alemana gozará de privilegios especiales no sólo en el conjunto del mercado socialista, sino también en parte de los mercados del Tercer Mundo.

Este Estado, que era, hace sólo diez años, un Estado puramente burocrático y puramente satélite, se ha convertido, poco a poco, en un Estado tecno-burocrático que puede muy bien jugar el papel de «brillante segundo» en el seno del bloque soviético. Se trata de una promoción que hay que registrar. Con cierta admiración, pero no sin aprensión, por lo menos entre los que habían puesto sus esperanzas en la primavera de Praga. ■ G. M.

(Fotos: KLAUS MORGENTERN • Camera Press-Zardays.)